

**EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:**

**¡MI MADRE!**

**TOMÁS URTUSÁSTEGUI**

**1982**

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

**PERSONAJES:**

ERNESTO Y GERARDO. AMBOS DE 24 AÑOS DE EDAD.

**ESCENOGRAFÍA:**

VESTIDOR AMPLIO EN UNA CASA DE CLASE RICA. EXISTE UN MUEBLE PUFF.  
PISO ALFOMBRADO.

*Al abrirse el telón vemos a Ernesto que trata de leer un periódico deportivo sentado en el puff. La luz no es suficiente para leer. Gerardo sale del baño. Trae una toalla puesta en la cintura. Al pasar junto a Ernesto éste le quita de un jalón la toalla. Gerardo sonríe. Va por la toalla, se acaba de secar. Al terminar va por un calzón de los llamados cortos y que debe parecer lo más próximo posible a un pantalón de box. Ve a Ernesto. Este finge leer. Cuando Gerardo le hable el bajará el periódico para verlo y después volverá a leer.*

GERARDO.- Ya no estés con esa jeta, ya me voy a vestir ¿Okey? Sí, ya sé que vamos a llegar tarde, y qué, qué nos esperen; una de cal por las que van de arena; cómo si ellas fueran tan puntuales, además yo no tengo la culpa que mi hermano me dejara libre el baño hasta ahorita. El muy mamón ha de creer que si se baña por horas se le va a quitar lo prieto. *(Empieza a peinarse frente a un espejo)*. ¿Qué horas tienes? *(Pausa)*. Te pregunté que qué hora es...*(Ernesto levanta los hombros)* ¡Pinche Ernesto! Pareces vieja, nada más te enojas y dejas de hablar, cómo si ganaras algo con eso, pero allá tú y tus berrinches...lo que es que a mí me la pelas; ni pienses que Laura te va a hacer caso si vas con esa carota y sin hablar. *(Sigue peinándose, usa secadora eléctrica y aerosoles. Ya que termina se acerca por detrás a Ernesto y le arrebató sorpresivamente el periódico que el otro lee. Ernesto se levanta para recuperarlo, se arrepiente y vuelve a sentarse)*. ¿Qué estás leyendo? *(Revisa el periódico)*. Oh, ni más ni menos que el campeonato de peso completo. *(Ríe)*. No sé cómo estos mastodontes pueden pelear. *(Le muestra el periódico de lejos)*. Este negro debe pesar lo doble que yo, qué bestia; imagínate un golpe suyo. ¡En la madre!...Aquí dice que les van a pagar más de un millón de dólares a cada uno. *(Le avienta el periódico a Ernesto, este lo toma para volver a leerlo. Después él se pone en posición de boxeador, hace ejercicios propios de estos deportistas. Ríe)*. Si me hubieran

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

pagado por el mach que tuve con mi madre por lo menos tendrían que haberme dado unos diez melones de dolaricos. (*Ernesto hace un gesto como diciendo “ya vas a hablar de nuevo de tu madre”*) Sí, voy a hablar de mi madre otra vez, para eso la tengo, ni modo que hable de la tuya. (*Hace payasadas como boxeador para hacer reír a Ernesto. No lo logra. Entonces se va al centro de un supuesto ring para anunciar la pelea*). ¡En esta esquina, de peso completo: mi madre! (*El mismo abuchea y chifla como público*). Sus managers: la iglesia, las buenas costumbres, el qué dirán, la tradición familiar y social. (*Vuelve a abuchear y silbar*). ¡En la otra esquina mi padre y yo! (*Aplaude y grita vivas*) Él, peso mosca; yo, peso medio. Nuestros consejeros: la lógica, la razón, el conocimiento, la verdad. (*Aplaude y grita bravos. Ernesto sonrío despectivamente. Gerardo sale del ring y se dirige a Ernesto que lo escucha aburrido*). Esta no es nuestra primer batalla; en nuestra vida hemos librado muchos combates en los que invariablemente mi padre y yo quedamos vencidos; casi siempre por nocaut; lo que más aguantamos fue llegar al cuarto round. Mi madre, con un golpe preciso al decir “así debe ser porque lo manda la Santa Madre Iglesia” que remataba con un “además así me da la gana” nos dejaba tendidos en la lona cual largo éramos; el referí nos contaba los diez de rigor, que igual pudo ser hasta el número cien, ya que ninguno de los dos éramos capaces de levantarnos y menos aún de reclamar el resultado. Imagínate a mi madre, tú ya la conoces ¿no? (*Ernesto afirma. Hace un gesto con las manos de gordura*). Sí, es peso pesado: son pesadas sus carnes, sus cachetes, su papada, sus pechos, sus grandes nalgas y su prominente barriga; pero más pesadas son sus ideas que hasta ahora nadie ha podido modificar. En cambio mi padre todo flaquito, delgado en su nariz, en sus dedos, en sus piernas, en su personalidad y eso para no hablar de lo chaparro que es. Por eso creo que todo lo habla en diminutivo: “Gery, haz el favor de venir un momentito que quiero decirte una cosita” En cambio mi madre: (*Imitándola con voz grave*). “ ¡Gerardo, ven al instante! (*Ríe*). ¿Y yo cómo soy? No me parezco a ninguno de los dos, no soy alto ni chaparro, ni bien parecido ni feo, aunque las chavas digan lo primero; soy puro término medio: medianía en la escuela y en los deportes, talla media en la ropa, clase media, rica, pero media; puro café con leche a partes iguales. Si clasificaran a la familia o al menos a los tres con un porcentaje de fuerza mi mamá tendría un cien por ciento, mi papá un veinticinco por ciento y yo un cincuenta. Sumados los de mi padre y yo no le llegamos a los de mi madre; eso explica las derrotas que hemos padecido... ¿estás de acuerdo? (*Ernesto levanta los hombros. Bosteza*). Híjole, qué sangrón eres, de que se te mete algo; no sé ni para que vienes... ¿para que te presente a Laura? ¿No crees que ya estás hüevoncito para conseguírtelas

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

tú mismo? Aunque claro, ninguna tendría la categoría de mis amistades. (*Ernesto reacciona enojado, se controla por el interés que tiene en que efectivamente le presenten a Laura*). Es más, tú ya hasta deberías estar casado, ya te estás pasando ¿no se te hace? Si sigues de solterón van a empezar a sospechar. (*Ríe*). Claro que de mí también, los dos ya estamos pasados, la diferencia es que yo no he podido y que tú no has querido. Ya conoces a mi madre, que por cierto no es muy diferente de la tuya; las dos son gordas y posesivas, la única diferencia entre ellas es la lana, pero eso no tiene importancia. Te voy a platicar las batallas con mi madre para que te sirvan de experiencia y sobre todo para que cambies esa cara de jeta que te cargas. ¿De verdad quieres saber por qué no me he casado? (*Espera respuesta. No la hay*). No ha sido por falta de ganas, ha sido por haber perdido las peleas con ella. Cada vez que hablaba de noviazgo salía derrotado en el primero o segundo round. La primera batalla fue por Inés, ¿te acuerdas de ella?, estaba retebuenota. Mi madre me tumbó al piso con un golpe dirigido al mentón al decir de ella que era hija de padres divorciados. (*Imita el golpe, cae al suelo. Se levanta mareado*). La segunda batalla fue por Margarita, pobre, quién sabe dónde esté ahora, de seguro trabajando de burócrata y soñando con tener novio. Margara, mi madre, a la que no le importó que fuera su tocaya, con un upper me tumbó haciéndome ver lo insignificante que era, lo poco que valía. El golpe me dolió pero tuve que estar de acuerdo; no sé cómo me pude enamorar de esa. La batalla por Magdalena estaba perdida de antemano, yo ya lo sabía; una serie de pequeños pero efectivos golpes acabaron conmigo: mosquita muerta, pizpireta, de tu misma edad, miope, desarreglada. Si mi madre se hubiera enterado de que además se acostaba conmigo entonces sí que hubiera ardidado Troya. Con Sofía llegué hasta el segundo round, en el primero le dije que mi novia la admiraba por sus labor con los niños pobres, pero en el segundo me venció rotundamente al casi gritar “ un hijo mío casado con una mujer que se trepa a los andamios y tiene trato con albañiles...” Le valió que le explicara que así es la carrera de Arquitectura. No quiso oír una palabra más. (*Ernesto sonríe a pesar suyo*). Con esta derrota tan terrible no pude levantar cabeza en mucho tiempo; por cierto, Sofía terminó casándose con un ingeniero. Bonita pareja han de formar, de seguro ella se puso botijona; ya pintaba para eso. (*Cambia de tono*) Pero con Aurora todo va a ser distinto. (*Suspira*). ¡Mi bella Aurorita, pensar que te tengo esperándome en un café mientras yo hablo de ti! De ella sí estoy enamorado aunque tú no lo creas; hace un mes se la presenté a mi padre y él no puso ningún pero, al contrario, fue él el que me aconsejó enfrentarme a mi madre y me auguró un triunfo fácil, y no solamente eso, sino que dijo que él me acompañaría a hablar con ella. Iba a ser la batalla por el campeonato mundial. Mi padre y yo

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

entrenamos a escondidas muchos días, tocamos todos los puntos a los que mi madre pudiera encontrar defectos para responder con cualidades; al fin nos sentimos fuertes y pudimos retarla. Escogimos mal el día, ella estaba furiosa por no sé que cosa de la sirvienta, de que perdió algo o lo rompió, no importa, el caso es que estaba fúrica y más se puso cuando empezamos a tocar el punto de Aurora. Al oír el nombre de una nueva mujer se puso en guardia. (*Corre a meterse en un supuesto ring, toma las cuerdas, hace ejercicios, se coloca los guantes y el protector de dientes*) Le empezaron a temblar sus carnes, a salirle baba por la comisura de su boca. Mi padre y yo temblamos y aterrados quisimos huir, pero ya era tarde, ella no nos dejó. Mejor, pensé en ese momento, algún día me tengo que enfrentar. Pero no sabía que me iba a enfrentar con la boca seca, con parálisis de mis piernas y brazos, con sudores fríos, faltándome el aire. (*Derrotado se coloca en su esquina. Trata de hacer algún ejercicio. No puede*). El primer round fue de puro tanteo, le platiqué que conocí a una muchacha y que quería presentársela; me contestó que las únicas muchachas que conocía eran las que hacían la limpieza de la casa. Bueno, le dije, no es una muchacha, es una joven. Me interrumpió para decirme que si se parecía a las anteriores le evitara el disgusto. (*Ya iniciada la pelea él hará mímica de los golpes, de las alegrías al creer que va ganando, de los dolores cuando lo golpean, etc. etc.*). En el segundo round le dije que la conocí en casa de los Martínez de la Cueva; fue un golpecito precipitado que no llegó a tocarla; mi padre lanzó el suyo: “En esa familia sólo invitan a personas honorables”. ¡Falló! Ella empezó a atacar a fondo: “No estaba segura de los Martínez esos, menos desde que el que señor Martínez tenía un puesto político; ahora a su casa entran todo tipo de personas, y bien sabía ella que esa gente no era todo lo honorable que se pudiera desear, que bastaba con leer los periódicos para enterarse de los desfalcos, fraudes, lavado de dinero y todo tipo de robos que cometen los altos funcionarios”. Terminó por pegarnos fuerte diciendo que no se puede confiar en las personas que hasta guaruras tienen. (*A Ernesto*). ¿Me sigues? (*Ernesto levanta los hombros*). Los siguientes episodios fueron más intensos y más rápidos, cada uno de nosotros tiraba los golpes que podían ser más precisos y que pudieran lastimar al adversario. Ella, apoyada por sus managers me soltaba derechas: “eres aún un niño para pensar en el matrimonio”; izquierdas: “espera a que te recibas y después hablamos”; uper coats: “seguramente es una cualquiera que anda detrás de nuestro dinero”; ganchos: “te aseguro que no sabe coser ni un botón, como todas las muchachas de ahora; rectos de gran velocidad: “debe ser una hippie”. Su ataque era fulminante y no nos daba tiempo para contraatacar, al fin, después de descansar entre el quinto y el sexto, le lancé una carga tremenda con lo que pensaba

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

destrozarla: “la amo intensamente, la amo sobre todas las cosas”. El golpe le hizo lo que el viento a Juárez, menos aún, pues a Juárez el viento por lo menos le habrá transmitido alguna gripa. Como un relámpago me contestó diciendo que de todas había dicho lo mismo y ahora ni me acordaba de ellas. Mi padre se atrevió a replicar con un golpecito diciendo que la muchacha también estaba enamorada de mí. Este golpe casi logra tirar a mi madre a la lona, claro que no por la fuerza de su enclenque marido, sino por la risa. Contestó que eso tendría que probarlo, que todas la mujeres, con tal de asegurar un marido, fingen un gran amor. Lo demolió diciéndole: “Además tú no te metas en lo que no te importa”. Ese golpe se lo dio en plena cara con lo que él sangró abundantemente. ¡Pobre! Tuvo que retirarse de la pelea. A rastras lo sacaron del cuadrilátero. (*A Ernesto*). ¡Ya ni la chingas! Te estoy relatando la batalla crucial de mi vida y tú como si te estuviera dando una conferencia de los filósofos modernos, pero ni pienses que me voy a apurar, si quieres lárgate, nos vemos en el café, nada más que tendrás que irte en camioncito; a ver quién llega primero. (*Ernesto hace el intento de irse, se arrepiente, enciende furioso un cigarrillo*). Take it easy, ya sólo faltan unos cuantos rounds. (*Se coloca nuevamente en su esquina, hace como que toma agua, hace buchets y la escupe.*) Mis golpes no le producían el menor daño, su gruesa capa de grasa los absorbía todos. Golpes inútiles los argumentos de que a mí me gustaba, que yo era el que me iba a casar y no ella, que si me iba mal era mi cuento y sabría soportar las consecuencias. Ella ni se movía. El primer tanto a mi favor, un rechazazo que la hizo temblar, fue decirle que era muy católica. Para no darle tiempo a reponerse le lancé una zurda de miedo: es muy casera y adora a los niños. ¡La salvó la campana! En el séptimo casi me tumba de bruces con un fuerte jab al amenazarme con quitarme el coche si seguía perdiendo el tiempo con muchachitas en lugar de estudiar, que remató con un “esa es tu obligación”. Para el octavo los dos sudábamos a mares y caíamos frecuentemente en clinch. Pequeños ataque míos: “no es una intelectual”, “no desea trabajar”, “va a tener todos los hijos que Dios le mande”. Ella, al ver que la pelea estaba pareja y se acercaba a su fin usó un recto a mi nariz que me hizo sangrar mucho al utilizar el chantaje sentimental: “se ve que prefieres a una mujerzuela más que a tu madre, tu madre que se ha sacrificado toda la vida por ti, velándote en tus enfermedades, quitándose el pan de la boca para dártelo” (*Se emociona con el recuerdo. Casi llora*). Ahí casi aviento la toalla a la lona. En el noveno recurrí a mis managers que no pudieron aconsejarme algo contundente, sólo pequeñas mañas que de nada me sirvieron: Aurora es de buena familia, es muy simpática, te va a caer bien, toca el piano, le interesan las telenovelas. Nada. Ella usó armas más poderosas que me aturdieron y casi lograron

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

que saltara las cuerdas y me fuera derrotado a los vestidores: sus lágrimas. Nunca antes le habían fallado, pero mi amor por Aurora me mantuvo firme en mi puesto. (*A Ernesto*). Ahora vas a escuchar el último round; si sigues como momia egipcia empezaré un nuevo mach de box, pero contigo...¡pendejo! (*Ernesto se ríe despectivamente de la amenaza. Gerardo se coloca en su esquina, con la toalla se seca el sudor, se da aire, finge estar muy agotado, se despeina. Grita. ¡Ultimo episodio! Da unos pasos al centro. Continúa su relato*). Mi padre desde la gayola contemplaba la pelea asombrado de mi resistencia. Él nunca en sus años de casado había aguantado tanto. Me lanzó una mirada de orgullo y de lástima ya que estaba seguro que su mujer me iba a dar un golpe que me enviaría derecho al hospital. Nunca temí tanto a mi madre. Sus pupilas lanzaban dardos venenosos contra mí, su amor propio estaba herido profundamente por mis ataques y por mi resistencia. En ese momento pensé usar golpes bajos, de los prohibidos, llamándola posesiva, marimacho; reclamándole la nulificación de mi padre para terminar dándole un tremendo cabezazo diciéndole que no la quería. Pero no me atreví, temiendo, con toda razón, una escena sangrienta, quizá mortal. Sin piedad le mandé mi primer golpe lleno de odio que logró que sus grandes pechos brincaran de abajo hacia arriba y después, por la gravedad, cayeran nuevamente, al decirle que Aurora se parecía a ella en todo; que era gordita y de carácter fuerte. Quedó muy resentida, un poco grogui. En ese momento le acerté el golpe final, el de mi triunfo, el que la noqueó, un golpe dado en su punto flaco, en su talón de Aquiles: “Aurora es una excelente cocinera, su especialidad son los pasteles austriacos y alemanes”. (*Cuenta como réferi sobre el supuesto cuerpo caído de la mujer*). ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y...diez! Mi padre quiso levantarme en hombros, pero no pudo, por lo que se contentó con lanzar vivas hasta desgañitarse. (*Gerardo se levanta a sí mismo el brazo derecho en señal de triunfo. Corre por el cuadrilátero dando las gracias*). Dentro de tres meses será la boda. (*A Ernesto que ahora lee una revista*). ¿No te gustó mi triunfo o no me crees? *Ernesto sonríe irónicamente. (Levanta los hombros)*. ¡Le gané, te juro que le gané! (*Ernesto sigue sonriendo irónicamente*). Ya te dije que me voy a casar con ella; es una buena muchacha, tú la conoces ¿no? (*Ernesto asiente exageradamente, con burla. Gerardo se molesta*). Me importa madres lo que tú pienses. (*Despectivo*). Ya quisieras conseguirte una de esa clase. (*Ernesto se resiente pero se aguanta. Vuelve a sonreír. Gerardo en reto, pero sabiéndose perdedor*) Sí, se parece a mi madre... ¿y qué? (*Convencido*). Yo no me voy a parecer a mi padre, yo voy a ser distinto ¿entiendes? A mí me va a respetar. (*Sonrisa más amplia de Ernesto. Gerardo se enfrenta a él. Lo toma de la camisa y lo obliga a levantarse*). Y

EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

tú también... ¡pinché naco! Ya me cagaste los huevos con tu sonrisita de ser superior. Si no te parece te puedes ir largando a la chingada. ¡Pinche arrimado!

*Ernesto se acerca a Gerardo y sin decir palabra le tira un gancho al hígado que noquea a Gerardo.  
Ernesto lo contempla en el suelo, sonrío, cuenta hasta tres con la mano. Sale. Gerardo queda noqueado.*

FIN



EN ESTA ESQUINA DE PESO COMPLETO:  
¡ MI MADRE !

RESUMEN.- Un joven le presume a otro que sólo lo escucha de su dinero y sus novias. Reconoce que no se ha casado por la negativa de su madre pero que ahora la va a vencer en una lucha mortal. Se pone a jugar al box, en los rounds va enumerando las virtudes de la novia y la madre todo se lo echa abajo. Al final logra noquear a la madre. Brinca de gusto por el triunfo. Termina por reconocer que la novia es igualita a la madre.

PERSONAJE.- Joven de unos 26 años.

MONÓLOGO.